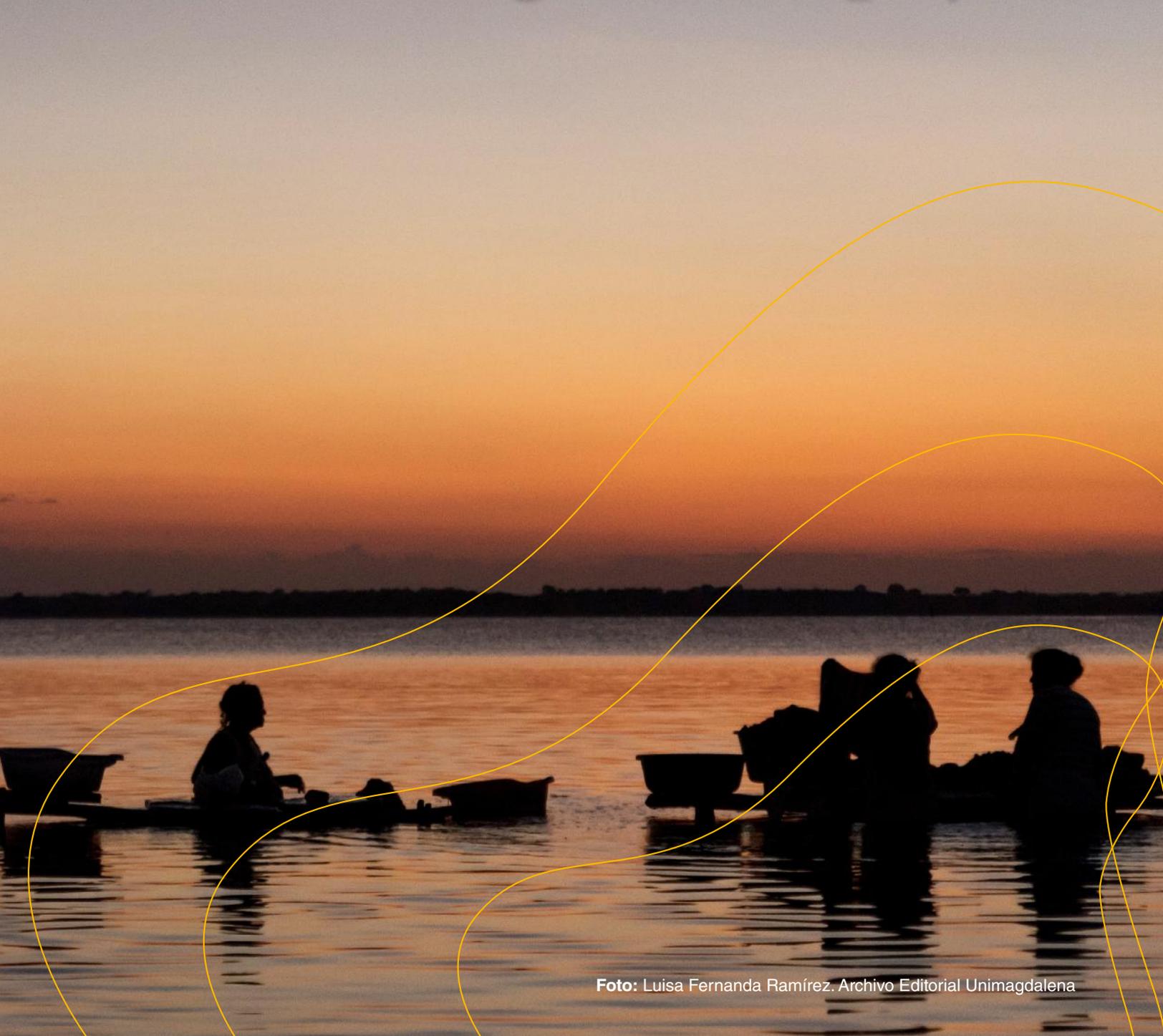


Lavanderas de Bomba (Magdalena, Colombia) en la ciénaga de Zapayán





Clinton
Ramírez¹

Muy temprano, cuando los gallos aún duermen en sus palos de trupillos, las mujeres de este corregimiento de Pedraza marchan a la ciénaga de Zapayán a lavar las ropas de sus familias y a conversar sobre las rutinas, los afanes y sobresaltos de su vida cotidiana.

Alegres y voluntariosas, firmes en el lavado, la pobreza pareciera una anécdota intrascendente frente al empeño de vivir. Su mundo de agua, jabón y manduco excluye de tajo la intromisión de los hombres, aunque rara vez ellos faltan en el picante de sus charlas. “Nunca hablamos cuando los hombres arriman a recoger agua en burros o a caballo”. El origen de esta elemental norma de conducta ninguna, ni siquiera la más veterana asidua de las aguas, podría datarlo y menos atribuirlo a una bisabuela remota, indígena o negra; pero todas, sin excepción, la acatan como aceptan a Dios y a los santos de maderas de sus altares.

La actividad de lavar en la ciénaga la realizan las mujeres de esta comunidad desde que el pueblo existe, hará casi dos siglos. Las más avanzadas de edad han pasado un tercio de todas las horas de sus vidas sumergidas hasta la cintura en las aguas grises y heladas de la ciénaga, una de las más extensas de Colombia, como tengo oportunidad de confirmar, una hora más tarde, en el patio de la casa de bahareque del único artista de Bomba, el tallador y pintor Carlos Ospino, quien muy amablemente me enseñó

1. Magister en Literatura Hispanoamericana y del Caribe. Docente de Literatura en la Universidad Sergio Arboleda. Editor del programa Editorial de la Universidad del Magdalena. Correo electrónico: cramirez@unimagdalena.edu.co

sus cuadros de santos y sus esculturas de madera de personajes de la región. Mientras Carlos me explica el origen de sus cuadros y tallas, nos tomamos un tinto amargo que él preparó en un fogón de platina, bajo la enramada del patio. Las más madrugadoras arriban, con sus canastos o poncheras de ropas sucia, hacia las dos de la mañana, mientras otro contingente toma el camino de la ciénaga cerca de las cinco, una vez han atendido a los maridos, ordeñadores y campesinos que madrugan a las labores habituales. Hay, sin embargo, las que prefieren lavar después del mediodía, con el sol pleno, o por la tarde, al amparo de la fresca. Todas, independientemente de la hora en que empiezan a lavar, una vez terminan de manduquear los chiros, los colocan dentro de las poncheras o canastos, los cargan sobre las cabezas y regresan a las casas de bahareque y palma a preparar la comida (a base de pescado y yuca), y a atender a los niños; actividades domésticas que desarrollan escuchando música, conversando con las vecinas a través de las cercas de los patios, o viendo alguna telenovela. Aunque las casas cuentan con agua en aljibes almacenada durante las lluvias, o en tanques que hijos y maridos arrear de la ciénaga, las mujeres de Bomba prefieren palomear las ropas, ojalá muy temprano, en las mismas aguas en donde aprendieron a hacerlo ellas y las madres, las madres de las madres y la madres de las abuelas, cuando el pueblo era todavía una aldea indígena, ensanchada por el arribo de algunos negros escapados de las haciendas de ganado y caño al otro lado del Río Grande la Magdalena.

¿Qué harán cuando algún alcalde les ponga el agua potable en las casas y los ranchos, y llegue el momento de introducir las lavadoras eléctricas? Me miran pícaras y escépticas. “Será cuando regrese el Diablo o cuando la Llorona dejé de aparecer en los caminos”, me contesta una, avispada de habla, sosteniendo la ponchera llena de ropa lavada sobre la recia cabeza afrodescendiente. Alta, seca de pecho, tendrá cerca cuarenta años, tal vez menos, pero la vida se ha encargado de marcarle la vejez prematuramente en la frente estrecha y alrededor de los pómulos salientes. Admito, no obstante mi optimismo, que pasarán varios periodos de gobierno antes de que el milagro del agua potable opere para



Foto: Pedro Noguera. Archivo Editorial Unimagdalena

un pueblo que vive al pie de una ciénaga de un departamento con el mayor número de ciénagas, ríos y caños del mundo. “Dios te oiga”, anota otra. Una y otra vez, día a día, durante todo el año, la ceremonia se seguirá cumpliendo sin quejas. Verlas a contraluz, lavar y agitar los manducos contra sus humildes prendas de vestir, mientras amanece en la ciénaga, constituye una experiencia difícil de calificar que hay que vivir en silencio y con el mayor respeto hacia una comunidad que, en condiciones adversas, inmersa en paisajes aún vírgenes, cumple con el deber de vivir en paz.

Luisa Fernanda, mi hija, termina de sacarle una nueva foto al pescador que abre un bocachicho en la quilla de su canoa y me la muestra en la pantalla de la cámara. Luego, inclinándose un poco, se la enseña al pescador, quien aceptó ser fotografiado

abriendo uno de los seis ejemplares que pescó. La pesca, a juzgar por el magro resultado, visible en el fondo de la canoa, le permitirá apenas compensar la madrugada y llevar algo de proteína a la casa. Propongo comprarle los bocachicos para el desayuno que tomaremos en la casa de un amigo de Álvaro Rojano, investigador de música popular, nativo de Pedraza, que nos guía en la gira que hacemos por varios municipios de la Subregión del Río, pero el hombre se niega, argumentando que los tiene apalabreos. A cambio, sin retirar la mirada de su labor, me ofrece una mano de viejitas y otra de corvinetas.

Es hora de volver, me hace saber Rojano, atento al tiempo. Nos espera un desayuno con arencas, viejitas, corvinetas, mucha yuca y tinto bien cargado. A las nueve, precisa, tomaremos un Johnson para ir a Punta de Piedra, al otro extremo de la ciénaga, y luego regresaremos a Bomba para subir al viejo Land Rover que nos llevará, si el camino se lo permite al motor, a Bahía Honda, pueblo afrodescendiente en donde, según el plan de viaje trazado, tomaremos fotos a los niños de Fusión Ribereña, una agrupación de son de negro y pajarrito: las expresiones dancísticas y musicales más representativas de los pueblos ribereños del Bajo Magdalena.

Hacia las once, luego de regresar de Punta de Piedra, donde volvimos a desayunar con queso y bollo de yuca en el patio de un compadre de Álvaro Rojano, nos despediremos de las gentes de Bomba. Las lavanderas siguen en la ciénaga, delante de los tambos de madera, conversando y manduqueando las ropas, indiferentes al sol. Luisa y Tatiana Mahecha les hacen nuevas fotos al paso del Johnsson-Canoa. Confirmo, mientras escucho explicaciones de Álvaro Rojano, que el número de lavanderas ha aumentado tanto hasta parecer un nido de avispas.

Ya en tierra, de nuevo en las calles de polvo y empinadas de Bomba, las cámaras vuelven a activarse sobre las casas del pueblo. Tatiana y Luisa Fernanda, a una indicación mía, le sacan fotos a un pescador que, a la puerta de una casa

de barro, remienda una atarraya. Luisa, sin permiso de nadie, entra a un patio para tomarle una foto a una señora que enciende el fogón porque, según alcanzo a escucharle, es hora de preparar el almuerzo.

Los fotógrafos son los primeros en subir al Land Rover, abrumados por la canícula, lucios de polvo. Yo, último en hacerlo, hago un par de apuntes mentales y me despido de dos ancianos que fuman tabaco sentados en un piso de cemento, al amparo de un trupillo de ramas escuálidas.

“Manden el libro”, nos grita una mujer asomada a la cerca de un patio. En sus facciones reparo a la mujer de habla avispada que, a la orilla de la ciénaga, con la ponchera en la cabeza, me interrogó sobre el motivo de nuestra aparición en Bomba. Álvaro le contesta agitando el brazo por la ventanilla del asiento del copiloto.

Bomba es una comunidad de pescadores, labriegos y ordeñadores, de mujeres y hombres cordiales y recursivos; a cincuenta minutos de Pedraza, a través de un camino destapado y a ratos tortuoso. Es un pueblo de nombre indígena y tendrá, según las pesquisas de nuestro amigo y guía, cerca de dos siglos, aunque los documentos apenas dan cuenta de su existencia hacia la mitad del siglo XIX.

Las fotos que tomamos en Pedraza y en Punta de Piedra (Zapayán) harán parte de *Magdalena Territorio de Paz*, libro del que soy editor y que la Editorial de la Universidad del Magdalena prepara para la Oficina de Turismo del Magdalena.

A Bahía Honda llegamos a la una de la tarde, insolados y sedientos, a bordo de varias motos porque el Land Rover, a mitad de camino, cedió ante el esfuerzo que le exigió una cuesta agrietada y pedregosa. 🍷

